

Reflexiones “para sacar algún provecho” sobre la supresión y la restauración de la Compañía, realizadas desde el área centroamericana

P. Valentín Menéndez, S.J.

Desde el comienzo queremos dejar claro el modesto “género literario” de estas páginas. Reflexionar en voz alta, con ocasión de la restauración de la Compañía, sobre su historia, partiendo del convencimiento de su unidad fundamental a lo largo de estos ya casi cinco siglos, y al mismo tiempo de su necesaria diversidad. Esta historia –quizá prejuiciada por el cariño-, siempre aparece como fascinante.

1.- Antes de reflexionar sobre la restauración de la Compañía ayuda recordar algunos datos de la “Antigua Compañía” que nos permitan comprender mejor tanto su supresión como su restauración y la identidad fundamental entre ambas. Estos datos se fijan sobre todo en algunos rasgos del trabajo de la antigua Compañía en América Latina.

Se puede decir que el trabajo de la Compañía en nuestro continente tenía dos vertientes fundamentales: la educación en las ciudades coloniales con el trabajo pastoral en el templo, y el trabajo con indígenas organizado generalmente en reducciones.

Este apostolado “integral” con los indígenas tenía una amplitud sorprendente. Lo que siempre se cita es el trabajo en las Reducciones del Paraguay, por ser lo más publicitado, y por eso hay el peligro de creer que eran las únicas que había en América Latina. Pero la actividad de la Compañía con los indígenas abarcaba todo el continente de sur a norte, desde las reducciones del Paraguay y el trabajo con los indígenas en Chile, pasando por la Chiquitania en Bolivia, subiendo por Perú y extendiéndose por el Orinoco venezolano y el actual territorio panameño. Pero tam-

co terminaba ahí. A muchos sorprende la afirmación de algunos historiadores al afirmar que, en el momento de la supresión, el número de indígenas más numeroso que estaba “reducido” bajo la responsabilidad de la Compañía no estaba en Paraguay sino en el norte de México y sur actual de Estados Unidos.

Muchos hemos oído admirados las directivas de alguno de los generales de la Compañía según las cuales se comunicaba a los provinciales que no se concediera la profesión a ningún jesuita que no aprendiera la lengua de los indígenas a quienes evangelizaba.

De la importancia que se daba al apostolado con los indígenas puede dar una idea el dato siguiente: una de las razones que se daban a Roma para no cerrar el Colegio de Panamá en la antigua Compañía, era que al cerrarlo no solo sufría la educación de los jóvenes, sino también las misiones de indígenas pues el colegio servía como sitio de descanso y recuperación de los jesuitas misioneros. Con esto no se quiere minusvalorar el trabajo de la educación en la ciudad, sino hacer ver el interés que tenían en Roma por la prioridad apostólica de la evangelización integral de los indígenas.

El trabajo con los indígenas era una tradición heroica entre los jesuitas de la antigua Compañía en América Latina, como podemos deducir de una carta “vocacional” para despertar vocaciones que quieran dedicarse al apostolado indígena: “Habrás de ir a tierras lejanas, tierras desiertas, muy ardientes y amargas. No hallarás, en meses o años, alguien que hable tu idioma. Todo te será hostil, hasta el propio suelo alfombrado de espinas y alimañas. Día con día procurarás tu alimento como lo hacen las aves o como las fieras, y habrá veces en que tus labios no conocerán más agua que la del rocío. Por techo tendrás el cielo, y en el día quizás no encuentres más sombra que la de tu propia sotana. Y en medio de tan pavorosa inmensidad, amarás al pagano que busca tu muerte con dardos silenciosos. Y cuando te sientas desfallecer, en tu delirio entenderás que Dios te puso ahí para sembrar en las almas jardines que jamás verás. Aunque no conviertas a infiel alguno, sino que te ahogues en el mar, o te coman las fieras, habrás hecho tu oficio, y Dios hará el suyo.

Hermano: ¿aún quieres ir a las Californias?” (Anónimo del siglo XVIII. Publicado en *Jesuitas de México*. N.12, 1997).

Por eso uno puede sentirse muy cerca del espíritu que movía a la antigua Compañía. La opción por los pobres que hoy días es marca de un trabajo evangélico para nosotros y puede considerarse como el aporte de la Iglesia latinoamericana a la Iglesia universal, ya estaba activa y vivida en el extraordinario trabajo evangelizador de la primera Compañía en el mundo indígena de América Latina. Es bueno recordarlo y sentirnos orgullosos de quienes nos precedieron. El retroceso educativo que supuso la supresión de la Compañía en nuestro continente, no fue mayor (sí más visible), que el abandono en el que quedaron cientos de miles de indígenas.

Es verdad que no era todo oro lo que relucía en la vida de la antigua Compañía. Los colegios que tenía la Compañía en América Latina eran gratuitos, y para ser gratuitos tenían que tener grandes propiedades agrarias. Pero quienes trabajaban en muchas de esas propiedades y las hacían producir eran...los esclavos negros. Es verdad que los esclavos que trabajaban en esas propiedades se podían sentir afortunados por el buen trato que se les daba, pero eran...esclavos. El esfuerzo que se hizo por la evangelización integral y la libertad de los indígenas, no abarcó a la liberación de los esclavos negros.

Los aproximadamente 23,000 jesuitas con los que contaba la orden en el siglo XVIII era una fuerza tan poderosa en la Iglesia y en la sociedad, que parece no estuvo siempre exenta de caer en la tentación del orgullo y de la soberbia colectiva. De ello da testimonio el dicho atribuido al famoso historiador de la Compañía Tacchi Venturi, el cual se preguntaba algunas veces si la supresión de la Compañía no fue quizá –también y entre otras causas más evidentes- un castigo por su soberbia. De hecho llama la atención la soledad de la Compañía cuando fue suprimida: ¿cuántos obispos u órdenes religiosas escribieron a Roma contra ella y se arriesgaron por defender a la Compañía? La impresión que uno recibe es que la Compañía estaba bastante aislada dentro de la Iglesia, confiada demasiado en su poder y en su prestigio, y muy distante de las otras familias religiosas, e incluso en algunos momentos sintiéndose superior a la jerarquía eclesiástica.

Esta herencia de una imagen de prepotencia tampoco no es ajena en los tiempos de la Iglesia restaurada. Uno se pregunta hasta qué punto nos hemos liberado totalmente de un tufillo de

“prepotencia y soberbia jesuítica”. Sin duda que la disminución de nuestros efectivos pueden ser un buen antídoto para sentirnos de verdad “mínima Compañía”.

2.- En la búsqueda de una categoría teológica que pueda dar sentido a la supresión y restauración de la Compañía.

En la historia de los 20 siglos de la Iglesia el hecho de la restauración de la Compañía es un hecho único. Uno recuerda en el siglo XIV la supresión de los Templarios, otra institución religiosa de enorme poder y prestigio en su tiempo. Pero los templarios, una vez suprimidos, no volvieron a ser restaurados de nuevo por la Iglesia. La supresión de la Compañía por parte de la Iglesia y su restauración pocos años después por parte de la misma Iglesia es un hecho singular en la historia de la Iglesia.

La categoría que quizá más se acerca a una interpretación teológica de este acontecimiento histórico, puede ser la del misterio pascual, la muerte y la resurrección de Cristo. Recordemos que San Pablo ve presente el misterio de la muerte y resurrección de Cristo también en su propia vida, y por ende en toda vida cristiana (2Cor 4,7-17). Se quiere con ello expresar que el proceso de muerte y resurrección de Cristo se va también realizando en nosotros a partir del bautismo, y nos va poco a poco acercando a formar en nosotros la imagen de Cristo. ¿Por qué no podemos aplicarla analógicamente también al proceso de supresión y restablecimiento de la Compañía en la Iglesia?

Ya en el año 1939 P. Dudon al publicar un artículo histórico sobre la restauración de la Compañía lo titulaba así: “la resurrección de la Compañía de Jesús”. Si toda vida cristiana personal es una participación en el misterio pascual de Cristo, ¿por qué no vamos a poder analógicamente aplicar esta categoría cristológica a la supresión y restauración de la Compañía en la vida de la Iglesia? El hecho de interpretar el destino de la Compañía con la categoría central del Señor que le da nombre, ¿no nos permite entender un poco el destino trágico de su supresión y el renacimiento esperanzador de nuestra mínima Compañía como algo íntimamente ligado al Señor y a su designio?

Evidentemente que el uso de esta categoría debe hacerse con sensatez, pues de ninguna manera quiere decir que la compañía restaurada sea una compañía “resucitada”, que ya no va a

morir, que está sobre el pecado. Lo que modestamente se quiere expresar con ella es el hecho de haber experimentado una particular providencia de Dios, única en la historia de la Iglesia.

También se quiere decir con esta analogía que la Compañía restaurada es la misma que la primera Compañía fundada por Maestro Ignacio y que continúa – a pesar de sus limitaciones y errores- con el mismo espíritu que él le inspiró.

Finalmente, se quiere expresar que ojalá esta Compañía, que experimentó su muerte colectiva y su renacimiento a la vida de la Iglesia, sea capaz de morir a los gérmenes de muerte que la hacen indigna de llevar el nombre de Jesús, y que viva cada vez más el seguimiento de su Señor, pobre y humillado, en un apostolado para la mayor gloria de Dios.

Pues el destino de la Compañía no está en sus propias manos, sino en las manos de Aquel que ha querido que sufriera un análogo proceso de muerte y resurrección.

Este proceso de muerte y resurrección que experimentó la antigua Compañía en su supresión y restauración, no es algo meramente del pasado y que ya no se dé hoy. En estos últimos 50 años hemos sufrido un proceso lento pero constante de disminución. Somos menos de la mitad de los que éramos en 1965. Además hemos experimentado dificultades serias en nuestra relación con la Iglesia. Recordemos el nombramiento de un delegado pontificio por parte de Juan Pablo II en el año 1980. Hemos vivido años de cambio a partir del Vaticano II que nos han hecho experimentar internamente las tensiones y desgarros que han dado a luz a una manera renovada de vivir la Compañía. Podemos recordar aquí la petición hecha a Pablo VI por parte de un grupo significativo de jesuitas de romper la unidad del cuerpo y formar aparte una “verdadera” Compañía de Jesús más de acuerdo con la querida por San Ignacio. El riesgo de ruptura parecía en aquellos años algo posible y deseable para algunos de los miembros de la Compañía de Jesús.

Pero no sólo hemos tenido momentos de muerte, sino también momentos de resurrección cuando se han podido celebrar las Congregaciones Generales XXXI, XXXII, XXXIII, XXXIV en un ambiente de unidad y de claridad de propósitos, que han permitido hoy mirar aquellas situaciones de división como algo inimaginable para las nuevas generaciones.

Uno se pregunta si no puede ser interpretado también como un signo de resurrección de esta Compañía restaurada el hecho inusitado e inesperado que precisamente en los momentos en que estamos con menos de la mitad de los efectivos que teníamos en la época del Concilio, y en medio de tensiones y dificultades con poderosos miembros de la Jerarquía, sea precisamente el momento cuando el cónclave que eligió al sucesor de Benedicto XVI escoge precisamente a un jesuita como Obispo de Roma, con la misión de reformar la Iglesia y devolverle su brillo evangélico.

Es el primer Papa jesuita que, además de recordarnos la centralidad de Cristo y de su Iglesia, nos invita a examinarnos de nuestros fallos y pecados, y a avergonzarnos de que no estamos a la altura de la vocación a la que hemos sido llamados (homilía del día de San Ignacio 2013 en el Gesú). Quienes esperaban una nueva llamada de atención de parte del primer Papa jesuita, quedaron sorprendido por el cariño y confianza mostradas a la Compañía. El haber proclamado dos santos jesuitas en apenas dos años es un signo de reconocimiento de la presencia de la santidad en la vida de la Compañía y del empeño particular que en ello ha tenido el Papa Francisco.

Podemos terminar este apartado recordando la experiencia de San Pablo: "Por todas partes nos aprietan, pero no nos aplastan; andamos con graves preocupaciones, pero no desesperados; derribados pero no aniquilados; siempre y a todas partes llevamos en nuestro cuerpo los sufrimientos de la muerte de Jesús, para que también en nuestros cuerpos se manifieste la vida de Jesús" (2 Cor 4,8-10).

3.- La realidad de la Compañía restaurada exige una nueva división de la historia de la Compañía.

Después de estas reflexiones sobre la antigua Compañía y sobre el "milagro" de su restauración, podemos pasar a considerar más detenidamente la realidad de la Compañía restaurada, los años que van del 1814 hasta la actualidad.

Lo primero que nos sorprende es que esta Compañía restaurada no es tan uniforme como lo fue la Compañía antigua que vivió del 1540 al 1773. Y la prueba de ello es que los historiadores se inclinan a dividirla en dos épocas distintas. Una compañía "restaurada" que va del 1814 hasta 1965, y otra Compañía que

denominan como “renovada”, que va desde 1965 hasta nuestros días. ¿Por qué se considera necesario dividir en dos partes distintas la vida de la Compañía restaurada? ¿Tanto ha cambiado la Compañía en estos últimos cincuenta años como para justificar una nueva etapa en su historia?

Si la restauración de la Compañía fue un “nuevo nacimiento”, el cambio de la Compañía a partir del Vaticano II fue otra experiencia pascual en la que se operó y se dio a luz otra imagen de Compañía de Jesús, con la pretensión eso sí de ser fiel, tanto a la Compañía Restaurada como a la Antigua Compañía. De ahí deriva la complejidad y sufrimiento del proceso vivido.

El restablecimiento de la Compañía en 1814 –muerte de Napoleón, que era el representante de las ideas de la Revolución Francesa-, acontece en medio de una época “políticamente antiliberal, sociológicamente conservadora, y religiosamente apologética” (“La pervivencia del espíritu restauracionista en la Compañía de Jesús”. Manuel Revuelta Manresa 86, pag.47). En este ambiente tanto la Compañía como la Iglesia preferían resolver sus problemas mirando solo al pasado más que dialogando con las nuevas corrientes que estaban forjando el futuro y que parecían querer acabar con la Iglesia y la Compañía. Era más seguro repetir el pasado, que discernir la paja del trigo en la nueva sociedad que se alumbraba. Por eso durante casi 150 años la Compañía, sin querer queriendo, se convirtió en el baluarte cristiano del espíritu conservador, que imperaba también en la Iglesia. Llevó muchos años a la Iglesia y a la Compañía discernir e integrar los valores positivos de la modernidad, que la revolución francesa se encargó de propagar por todo el mundo.

Desde el punto de vista político la Compañía en Europa y América Latina -con la excepción de USA- era acogida y defendida por los regímenes conservadores, y vilipendiada y expulsada por los gobiernos liberales. El siglo XIX es una larga historia de expulsiones y retornos de los jesuitas al son de los cambios de gobiernos liberales y conservadores.

Culturalmente los jesuitas de la Compañía restaurada se formaron en los costumbreros de los noviciados del siglo XVI (podemos recordar las “Prácticas de Villagarcía” que no pocos de nosotros todavía conocimos), en la Ratio Studiorum de la Antigua Compañía y en la doctrina teológica de Santo Tomás.

Reconociendo sin dudar todos los valores y las virtudes de seriedad y entrega apostólica que produjeron grandes frutos de santidad en la Compañía restaurada y un enorme despliegue misionero en el mundo entero, la Compañía corría el peligro también de caer en el inmovilismo. Para que no cambiara nada y se mantuviera la Compañía en su espíritu prístino, en 1923 la Congregación General añadió a los 24 “elementos sustanciales de primer orden” de la Compañía, otros 11 de “segundo orden”. Todos estos puntos no podían ser tocados en el Instituto de la Compañía, incluyendo incluso penas canónicas para quienes intentaran cambiar algo. Otra muestra de este inmovilismo fue la publicación en 1927 del Epítome de la Compañía de Jesús: colección de todas las normas para el gobierno, pero sin distinguir adecuadamente las normas procedentes de las Constituciones o de la Fórmula Instituti, de los decretos de las congregaciones generales, de las cartas de los generales, avisos de provinciales y disposiciones de costumbreros. Además esta colección no tenía ninguna motivación espiritual. Queriendo ayudar al gobierno, se lo encorsetaba más buscando una respuesta rápida y no discernida para cada una de las situaciones.

Pero de 1962 a 1965 tiene lugar el acontecimiento eclesial más importante de la Iglesia contemporánea: el Concilio Vaticano II. Entre los diversos documentos promulgados por el Concilio, está también el decreto “Perfectae Caritatis” que promueve la adecuada “renovación” de la vida religiosa, mirando por una parte a sus fuentes originales y por otra a las necesidades de los tiempos. El clamor del cambio y “una apremiante necesidad de renovación” no solo fue una decisión que venía de afuera de la Compañía, sino que se sentía también en ella misma. Prueba de ello fueron los innumerables postulados, sobre casi todas las actividades de su vida, dirigidos por las provincias a las Congregación General XXXI. (“La Compañía de Jesús Renovada” Urbano Valero. Manresa 86, pag.63)

Así se inicia la nueva etapa de la “Compañía renovada” bajo el impulso del Concilio y los deseos expresados por la Compañía. Comienza con la CG31 que elige a Pedro Arrupe, y se prosigue después con el generalato de Peter Hans Kolvenbach, y que en medio de grandes dificultades emprenden un serio proceso de renovación (“El proyecto de renovación de la Compañía de Jesús”. Urbano Valero. Mensajero-Sal Terrae).

Se trató de un proceso muy delicado que en algún momento de la CGXXXII le llegó a parecer al mismo Papa como excesivo. Recordemos la frase expresada a los padres congregados en la C.G.XXXII que parecía hacían dudar al Papa del camino de renovación escogido por la Compañía: “¿Podrá la Iglesia poner su confianza, como siempre hizo, también ahora en ustedes?”, escribía Pablo VI en carta autógrafa al P.Arrupe el 15 de febrero de 1975.

Y es que el cambio que se fue efectuando poco a poco fue un cambio de enorme trascendencia: se pasó de la imagen de un jesuita campeón de las causas conservadoras a la imagen de la orden que empuja la renovación teológica (Rahner), de la defensora de actitudes sociales y políticas conservadoras al esfuerzo pionero de unir fe y justicia y de defender los pobres y los DD.HH (CGXXXII), de la postura firme del extra “ecclesia nulla salus” al protagonismo de los expertos jesuitas en el decreto de la libertad religiosa del concilio (J.C.Murray), del estereotipo de martillo de los herejes a la abertura al ecumenismo (Bea), de la repetición de los teólogos europeos al nacimiento de una teología propia de la liberación latinoamericana (Segundo, Ellacuría), de los educadores de las élites socioeconómicas de América Latina a la frontera del martirio por la justicia de mano de algunos representante de esas élites (UCA de El Salvador).

En todo este contexto no se quiere afirmar que la Compañía era la única fuerza eclesial en tomar estas posturas. Lo único que se pretende decir es que la Compañía se unió significativamente al impulso renovador que abrió el Vaticano II en la Iglesia y que en algunos aspectos o momentos también lo lideró.

En esta nueva pascua de la Compañía restaurada a la Compañía renovada se caminaba por el filo de la espada: ¿cómo lograr mantener la esencia fundamental, el carisma de San Ignacio, en medio de los cambios necesarios que exigen los nuevos signos de los tiempos? ¿Cómo moverse entre el rigorismo inmovilista de quien no quiere cambiar nada y envejece inexorablemente, y el desgarrar radical institucional de quien no quiere mirar al pasado y quiere cambiar incluso lo que le liga al carisma de la Institución y por lo mismo a su identidad? Sólo la guía del Espíritu, que renueva todas las cosas, y la atenta vigilancia de la Iglesia, garante de la vida religiosa, han permitido realizar este proceso

pascual: responder a los retos de hoy sin perder el carisma original del inicio.

El amplio consenso con que se realizaron estos cambios en las Congregaciones Generales XXXI-XXXII-XXXIII y XXXIV nos parece una prueba de que respondían a la llamada del Espíritu. La serenidad con la que la Compañía está integrando el descenso de sus miembros, el redescubrimiento y renovación de los Ejercicios Espirituales, el conocimiento cada día más hondo de la Historia de la Compañía, el estudio incesante de las fuentes, el esfuerzo por mantener la calidad de la formación, la respuesta vigorosa a nuevos retos (JRS, SJM, Fe y Alegría) y quizá sobre todo la novedad evangélica con la que los laico/as descubren y viven la espiritualidad de la Compañía, son algunos signos que podemos mencionar en este camino de renovación.

4.- ¿Cómo se vivió en Centroamérica la Compañía restaurada y la Compañía renovada?.

Uno de los signos comunes de la “Compañía Restaurada” del siglo XIX, empujada por jesuitas que vinieron de Europa y que llegaron primeramente a Guatemala en 1842, fué la persecución. Apenas se comenzaba a asentar la labor apostólica y de formación en un país, los jesuitas eran expulsados por los gobiernos liberales (en 1871 de Guatemala). Las expulsiones fueron la causa principal de que en pocos años los jesuitas fueran recorriendo casi todos los países de Centroamérica: pasaron de Guatemala – sin poderse asentar en El Salvador- a Nicaragua, y posteriormente a Costa Rica, para terminar en la provincia de Colombia. Hubo jesuitas que experimentaron cuatro expulsiones a lo largo de su vida. La historia de la Compañía en Centroamérica en el siglo XIX del P. Pérez, publicada en Barcelona en 1910, es un relato apasionante de esta historia de trabajos infatigables y persecuciones sucesivas.

El restablecimiento más permanente de la Compañía en Centroamérica durante el siglo XX fue fruto de la persecución religiosa en México: llegados al Salvador en 1914 los jesuitas mexicanos, con una gran visión apostólica, fueron los que abrieron entre otras cosas dos obras apostólicas de trascendencia en Centroamérica: el Seminario Centroamericano de San José en San Salvador, y el Colegio Centroamérica en Granada. Llama la atención la visión regional que tenían ya los padres mexicanos al abrir estas obras: estaban dirigidas no solo al público de un país, sino de toda

la región centroamericana. Su meta apostólica era formar las élites eclesiásticas y civiles del istmo a través de un instrumento de gran tradición en la Compañía: la educación. Centroamérica es Misión de la provincia mexicana hasta 1937.

A los padres mexicanos les sucedieron los padres españoles de la provincia de Castilla y del País Vasco, convirtiéndose ahora en viceprovincia dependiente de Castilla Occidental. La Compañía en Centroamérica en esta etapa abre noviciado propio en El Salvador (1949) y se dedica sobre todo a ampliar sus grandes obras educativas, colegios y universidades (Managua 1961, Guatemala 1962 y El Salvador 1965), dedicadas fundamentalmente a la formación de las élites centroamericanas. También se abre en 1965 el Centro de Investigación y Acción Social (CIAS).

El paso en Centroamérica de la Compañía Restaurada a la Compañía Renovada sólo se dio a partir de Medellín (1968), la apropiación creativa latinoamericana del Vaticano II. Entonces comenzó a darse el cambio de época a partir de una opción apostólica fundamental: la opción por los pobres y por la justicia como prioridad de la provincia centroamericana. Se cita un evento concreto como el inicio de este cambio: Los Ejercicios Espirituales del año 1969 que realizó junta toda la provincia, orientados por los PP. Elizondo y Ellacuría. Fue el disparo de salida para la renovación y al mismo tiempo el comienzo de una dolorosa división.

Pero esta opción por los pobres se hizo en Centroamérica de una forma muy particular, pues no se cerraron las grandes obras educativas que se tenían, sino que se reconvirtieron, se orientaron a la formación de agentes de cambio. Y si esto no se logró plenamente, sí se logró poner el potencial cultural de estas instituciones al servicio de la promoción de la justicia de los países de istmo. Por eso llegaron los grandes cambios en el Externado San José que impactaron a la opinión pública salvadoreña, y siguieron después las UCAs de El Salvador y Nicaragua, la llegada de la nueva generación del CIAS, la asunción de parroquias populares en El Salvador, Guatemala y Nicaragua, la incorporación de Honduras a la Provincia con su amplia red de parroquias campesinas.

Como decíamos, los primeros cambios en esta dirección que experimentó la provincia se dieron en el año 1969. La CG XXXII en el año 1975 vino posteriormente a dar el espaldarazo y confirmación a estos cambios. El asesinato de Rutilio Grande (1977),

de Monseñor Romero (1980), y de los jesuitas de la UCA (1989), marcaron el camino de la Compañía renovada en Centroamérica.

Difícilmente se puede borrar hoy de su imaginario la lucha por unir fe y justicia, su pasión por la opción por los pobres y la internacionalidad de su labor rompiendo los limitados límites de los países del istmo para la realización de la misión.

5.- La novedad de la incorporación del laicado a la misión de la Compañía

Ya expresaba el decreto de la CG34 sobre los laicos que la Iglesia del futuro será la "Iglesia de los laicos". Aunque no pocos son contrarios a esta expresión, nadie puede negar la importancia creciente del laicado en la vida de la Iglesia y de la Compañía.

A partir de los últimos años de la década de los ochenta, empieza a descender a ritmo acelerado el número de los jesuitas en Centroamérica. Los jesuitas disminuyen, pero la colaboración cada día creciente en número y trascendencia de los laicos permite que el trabajo apostólico de la Compañía se mantenga en esta nueva época de la renovación al mismo nivel, incluso que crezca. La excepción es el número decreciente de parroquias, pues se han entregado parroquias al clero secular en todos los países, parroquias populares que limitan nuestra cercanía a los más pobres y que son el "polo a tierra" de nuestro trabajo.

Se cuenta en Centroamérica con un número de laicos que no sólo ocupan puestos de dirección, sino que permanecen trabajando en las obras de la Compañía, rechazando otros trabajos mejor remunerados, porque sienten la misión de la Compañía como propia. Es importante señalar el número de directores laicos de obras de la Compañía en nuestra provincia como muestra de la calidad humana de las personas y la sintonía profunda de ellas con la misión de la Compañía y de la confianza que tiene la Compañía en ellos: universidades, colegios, obras de desarrollo, Fe y Alegrías nacionales han sido dirigidas por laico/as a lo largo de estos años con gran aceptación en la mayoría de los casos.

Por su novedad y por la complejidad de las obras dirigidas, particular significación tiene el destacado papel que ha jugado la mujer en el trabajo de las obras apostólicas en estos años de la Compañía renovada. Como expresaba una de las Rectoras que hemos tenido: yo tengo dos familias. Una la familia de la que

formo parte con mi esposo y mis hijos y demás de mis familiares. Y otra familia, mi familia espiritual, la Compañía de Jesús que da sentido a mi trabajo.

Sería muy injusto en este momento en el que recordamos en la Compañía actual la presencia de los laicos como algo nuevo y específico de la etapa de la Compañía Renovada, si olvidáramos mencionar a los miles de campesinos que han hecho posible el trabajo pastoral de nuestras enormes parroquias en el campo: su crecimiento constante, su desinterés, su testimonio de fe y vida está cosido a la realidad apostólica de la Compañía Renovada que nos ha tocado vivir.

Es verdad que en las grandes obras de la Compañía (colegios y universidades, por ejemplo) ya desde el inicio de su fundación durante la Compañía restaurada, trabajaban un gran número de laicos y laicas. Y lo hacían con entrega y competencia. Lo que es nuevo es que ahora ocupan frecuentemente puestos de dirección y, sobre todo, tienen una nueva conciencia de participar en una misma misión apostólica, que corresponde a la misión recibida desde el bautismo de participar en la misión de la Iglesia proclamada por el Concilio, juntamente con la vocación a la santidad que tiene también la vocación laical. Ello mismo va acompañado de un despertar de esa realidad con la multiplicación de los Ejercicios Espirituales, talleres, cursos de formación conjuntos.

Estamos estos días pensando en redimensionar el número de nuestras obras apostólicas. ¿No tenemos en este discernimiento que tener en cuenta el creciente número de laicos, que sintonizan con la misión de la Compañía y quieren trabajar con ella? ¿Sólo cuenta las estadísticas de los jesuitas o también las de los laicos presentes y potenciales?

Es evidente que participar como laico en la misión de la Compañía no es una opción de todos los laicos que trabajan con nosotros, ni siquiera de la mayoría. Hay un número grande de ellos que colaboran con competencia para ganar un salario y así mantener honradamente a sus familias. Además se sienten a gusto en nuestros centros, pero cuando encuentren otro trabajo mejor remunerado nos dejarán. Hay otro grupo menor que está dispuesto a colaborar con esfuerzos extras en el apostolado de la Compañía. Y finalmente hay otros que por participar en la misión de la Compañía son capaces a renunciar a trabajos mejor remune-

rados en otras partes, y se quedan con nosotros porque “sienten el llamado” a participar de la misión de la Compañía, como una opción que da plenitud cristiana a sus vidas.

Queda por delante, de parte de la Compañía y en diálogo con este último tipo de laicos, qué formación y alimentación espiritual deben de recibir para ser fieles a este llamado que siente como de Dios. Este también es un nuevo nacimiento dentro de la Compañía actual que confirma en ella el título de “renovada”. Queda mucho por hacer, pero los signos del Espíritu que renueva todas las cosas, son siempre fuentes de esperanza.

6.- Y después de la Compañía Renovada ¿qué viene?.

Después de la Compañía Renovada que estamos viviendo, mirando al futuro, se pueden ya vislumbrar algunos rasgos de la Compañía del mañana. Mencionemos algunos sin la pretensión de ser exhaustivos.

Compañía que tiene que enfrentar con acierto no sólo la formación de los jesuitas, sino también la formación de los laicos que han mostrado con sus vidas que han apostado por la misión de la Compañía. Sin duda que esta formación deberá pensarse diferenciadamente, según los grados en los que uno se sienta llamado a participar en la misión.

La formación internacional de los jóvenes jesuitas, el crecimiento de las redes de trabajo como por ejemplo el Servicio jesuita a los Migrantes, caminan hacia una vinculación más internacional en redes interprovinciales e incluso hacia la formación de provincias de territorios más extensos, que a su vez permiten trabajos y redes de plataformas apostólicas mucho más amplias.

La Compañía centroamericana y latinoamericana es cada día más autóctona. Esto que en la Antigua Compañía ya comenzó a pasar en México y Colombia, pasa hoy día en todo el continente latinoamericano. Y esto que está pasando en Latinoamérica, está pasando ya en toda la Compañía universal. La Compañía fundamentalmente nor-occidental ya pertenece al pasado. Hoy día 2/3 de todos los nuevos miembros de la Compañía han nacido en el continente asiático y africano, y está radicada en el hemisferio sur.

Queda la incertidumbre sobre la promoción vocacional de la Compañía en nuestro continente: ¿seguiremos en este campo en permanente segundo binario? ¿Somos conscientes del empeño

nuevo que hay que hacer ante un mundo de redes electrónicas y propaganda asfixiante y no precisamente evangélica?

7.- Identidad y relevancia.

Hay que ir terminando esta modesta reflexión histórica con ocasión del bicentenario de la restauración de la Compañía. Intentando reflejar para sacar algún provecho para nosotros hoy.

Quizá la síntesis final se puede formular con el reto que Moltmann refiere al cristianismo: identidad y relevancia. ¿Cómo mantener en tensión dos realidades aparentemente contradictorias, sobre todo en entidades que se remontan a siglos de existencia? Se puede tener un bagaje de siglos en el que se asienta una identidad granítica... pero ya irrelevante para el mundo de hoy. Quien nació solo ayer y responde a los signos de los tiempos puede con facilidad lograr la relevancia histórica, pero le va a ser más difícil conectar con el manantial original brotado hace 20 o 5 siglos. Es un reto de gran envergadura ser fiel al evangelio y al carisma original nacido hace quinientos años, y al mismo tiempo ser flexible para responder a los signos de los tiempos hoy.

Ese es el reto de la Compañía y de la misma Iglesia a lo largo de su historia. Y es el reto particular de la etapa actual. Pero este no es solo nuestro reto. Es el reto del Espíritu que renueva la faz de la tierra. Esa es también la misión del Espíritu Santo: hacer permanentemente actual el seguimiento de Jesús, y dignarse escoger a la Compañía para que sea cauce de ese seguimiento en los años que quedan ante nosotros. Esto es un deseo y sobre todo una oración.